

# Conozca al Maestro

## “Setenta veces siete” (Mateo 18.21–35)

En el año 1818, Tamatoe, rey de Huahine, una de las Islas del Mar del Sur, se convirtió en cristiano. A los pocos días descubrió que se gestaba un malintencionado complot entre sus propios congéneres nativos, mediante el cual pretendían capturarlo a él, y a otros convertidos al cristianismo, y así quemarlos hasta morir.

Tamatoe organizó un grupo de soldados, y con éstos, hizo caer en una emboscada a los conspiradores; los capturó descuidados, sin necesidad de ninguna violencia. Luego preparó un gran festín y lo hizo servir ante ellos en sus propias mesas para banquetes. Ello fue un gesto de perdón, y una demostración del perdón de Cristo.

Esta inesperada demostración de bondad, por parte de Tamatoe, sorprendió a los salvajes nativos, quienes respondieron quemando sus ídolos, y convirtiéndose en cristianos también. El poder del perdón es sobrecogedor.<sup>1</sup>

Hay poder en el perdón. Entre las cosas que Jesús espera de su pueblo, está el que ellos tengan un corazón perdonador. Esto es algo que se mira claramente en la parábola de los dos deudores, la cual se registra sólo en Mateo 18.

### EL PERDÓN ES ENSEÑADO (18.21–22)

En cierta ocasión, Pedro, se le acercó a Jesús, y le preguntó: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?” (v. 21). No tenemos idea de la razón por la cual Pedro usó la cantidad de “siete”. Los rabinos

enseñaban que los hombres debían perdonar hasta tres veces.<sup>2</sup> Es posible que Pedro estuviera mejorando tal cifra. Puede ser que Pedro usara el número siete porque el mismo se usaba a menudo para indicar que algo estaba completo. Tal vez Pedro recordaba que Jesús había usado una vez el número siete cuando enseñaba sobre el perdón. “Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale” (Lucas 17.4).

Esto fue lo que Jesús le respondió a Pedro: “No digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete” (v. 22) —en otras palabras, ¡hasta 490 veces!<sup>3</sup> Jesús usó un número excesivo para enseñar dos importantes lecciones acerca del perdón: En primer lugar, necesitamos habituarnos al acto de perdonar. Cuando por fin logremos perdonar a una persona 490 veces, ¡ya deberíamos haber cogido la costumbre de hacerlo! En segundo lugar, la idea de tratar de llevar un registro de quién nos ha ofendido —y cuántas veces lo hemos perdonado— es absurda. ¡Cuán ridículo sería hacer una marca en una libreta cada vez que perdonemos a alguien, diciéndole: “Esta es la quinzava vez que lo he perdonado. Sólo me quedan 475 marcas y ya no tendré que perdonarlo más”! El amor “no guarda rencor” (1 Corintios 13.5).

Lo que Jesús le dijo a Pedro, no fue una enseñanza aislada. El perdón formaba parte vital

<sup>1</sup> Eldred Echols, *Discovering the Pearl of Great Price (Descubriendo la perla de gran precio)* (Forth Worth, Tex.: Sweet Publishing Co., 1992), 43. <sup>2</sup> Ellos basaban su enseñanza en Amós 1 y 2. El razonamiento de ellos es que Dios perdonó a varias naciones hasta por tres transgresiones, y luego derramó su ira a la cuarta transgresión (Amós 1.3, etc.) —y Dios no esperaría más de los hombres. <sup>3</sup> En algunos manuscritos antiguos se lee: “setenta y siete veces” (véase la NVI). Génesis 4.24 usa un término similar. El número exacto no es importante. Jesús usó un número exagerado —ya fueran 77 ó 490— para enseñar que *no* debería haber límite a nuestro perdón.

del plan de Jesús para su iglesia. Así fue como instruyó a sus seguidores:

Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas (Mateo 6.14–15).

No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados (Lucas 6.37).

### EL PERDÓN ES ILUSTRADO (18.23–35)

Después de que le dijo a Pedro que perdonara “setenta veces siete”, Jesús recalcó su enseñanza mediante una parábola: la parábola de los dos deudores.

Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos (Mateo 18.23–24).

Imagínese esta escena en su mente: Tal vez el rey había recién regresado de un largo viaje, y llamó a sus siervos y esclavos. Uno por uno, comparecieron ante su trono y le dieron cuenta de su mayordomía. Por fin, ante él, compareció un esclavo que, aparentemente, gozaba de la confianza completa del rey, pues su amo le había confiado enormes cantidades de dinero. Al comienzo estuvo de pie sonriendo, pero su mirada de seguridad en sí mismo, se tornó en una de desesperación, cuando los libros de contabilidad revelaron que ¡el hombre había malversado diez mil talentos que le pertenecían al rey!

No podemos ser dogmáticos respecto al valor exacto de “diez mil talentos”. Un “talento” no era una pieza de dinero, sino cierta cantidad pesada de metal precioso. Dado que el peso variaba de una región a otra (así como variaba el valor del metal), las autoridades en la materia difieren en gran manera, en cuanto a la asignación del valor a los diez mil talentos.<sup>4</sup> Baste con decir que era una cantidad astronómica. Para los propósitos nuestros, haremos uso de la suma de \$10,000,000 —la cual es probable que sea más bajo que el valor real en el mercado de hoy.<sup>5</sup> No se detenga en los detalles (tales como la forma como un esclavo pudo haber amasado deuda tal); el punto de Jesús es que el

hombre tenía una deuda que era *imposible* de pagar para él.

El versículo 25 hace notar que el hombre no tenía los medios para pagar los diez mil talentos. Tal vez apostó el dinero en juegos de azar o tal vez la perdió en una mala inversión. De cualquier forma, el dinero se había esfumado, y no había manera de que pudiera pagarle a su amo. Cuando el rey vio la situación, él “ordenó... venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda” (v. 25b). Esta era una práctica común. Dado que el pago jamás podría hacerse, esto significaba una sentencia de por vida para el siervo y su familia.

Cuando el gobernante proclamó su sentencia, el esclavo se humilló ante su amo y comenzó a implorar: “Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo” (v. 26). Esta fue una declaración ridícula, dado que no había manera, de que algún día pudiera pagarle a su señor, pero ¡el hombre estaba desesperado!

Jesús, entonces, dio este hermoso ejemplo de perdón: “El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda” (v. 27).

No obstante, Jesús no había terminado su relato. “Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios” (v. 28a). El esclavo, que acababa de ser perdonado de una deuda de \$10,000,000, es probable que ¡sintió deseos de celebrar! Como no tenía dinero, decidió buscar a un consiervo que le debía la cantidad de cien denarios.

A un denario se le consideraba, que era el salario de un día de trabajo de un obrero común de aquel tiempo. Reiterando lo dicho, no podemos ser dogmáticos en asignarle una cantidad en dólares a una cantidad de cien denarios. Los obreros de aquellos tiempos trabajaban a cambio de sueldos de hambre; no existía una ley del “salario mínimo” que protegiera a los trabajadores. Para los propósitos nuestros, usaremos la cantidad de \$18. La cantidad exacta no es importante. El punto es que era una cantidad insignificante, en comparación con la cantidad de la cual el primer hombre había sido perdonado.

El hombre que había sido perdonado de una deuda de \$10,000,000, por fin encontró a su consiervo. Cuando lo vio, “asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes” (v. 28b). Me parece oírlo gritando: “¡Dame mis \$18!” al

<sup>4</sup> Un problema es que algunas autoridades todavía usan cantidades derivadas de la economía de hace cien años, cuando todo era más barato. <sup>5</sup> La recaudación total de impuestos de todo Palestina era tan sólo ochocientos talentos. El obrero promedio tenía que trabajar veinte años para ganar un talento. David y sus príncipes sólo suplieron un poquito más del doble de esa cantidad para la construcción del templo (1 Crónicas 29.4–7). Algunas autoridades en la materia creen que diez mil talentos tendrían un valor de ¡más de un billón de dólares hoy día!

mismo tiempo que cerraba sus manos alrededor del cuello del hombre.

Inmediatamente “su conserivo, postrándose a sus pies [así como el primer hombre se había postrado ante el rey], le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo” (v. 29). Estas fueron exactamente las mismas palabras, que el primer esclavo había usado cuando le imploró clemencia al rey. Las palabras debieron haberle estimulado su memoria y despertado su conciencia —pero no fue así. El hombre había sido perdonado de una deuda de \$10,000,000, pero ¡él no perdonaría una deuda de \$18! Estaba furioso porque no podía echar mano de sus \$18. ¡No iba a tener celebración!

Echando humo, “fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda” (v. 30).<sup>6</sup> Como el hombre no podía ganar ningún dinero mientras estuviese en prisión, el siervo que no perdonaba lo sentenció a una pena de por vida en la cárcel —¡todo por unos pocos dólares!

Las acciones del hombre fueron observadas por los demás esclavos. “Viendo sus conserivos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado” (v. 31). El rey se enfureció.

Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tu también tener misericordia de tu conserivo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía (vv. 32–34).

No es de dudar que una vez más, el hombre, le implorara a su amo, pero esta vez fue de balde. Había dado señales de que deseaba que se hiciese justicia; y eso fue lo que el rey le dio, ¡justicia! Algunas veces a los deudores se les entregaba a los encargados de torturar<sup>7</sup> quienes hacían uso de indecibles métodos de tortura, con el fin de forzarlos a revelar fuentes de dinero, las cuales, tal vez, no querían admitir —cualquier cosa que hubiesen escondido. Como el hombre no tenía ninguna fuente, de la cual sacar fondos, la implicación es que el hombre iba a ser torturado *para siempre* —lo que tal vez sea una referencia al castigo eterno.

Jesús terminó el relato con estas palabras, que dan en qué pensar: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (v. 35).

<sup>6</sup> El hombre tenía derecho legal pero no moral, de hacer esto —especialmente porque la misericordia acababa de haberle sido mostrada a él. <sup>7</sup> En la versión King James se lee este término, el cual es una mejor traducción que el de muchas otras en las cuales se lee: “carceleros”.

Nuestras opciones son perdonar, o perder —¡perder la oportunidad de ser objeto del perdón que Dios desea concedernos! En Santiago 2.13, el medio hermano de Jesús escribió unas palabras, que caen como un balde de agua fría: ¡“Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia”!

Son muchas las grandes lecciones que se pueden aprender de esta parábola. Una de ellas es la condición de desesperanza en que se encontraría el pecador si no fuera por la gracia de Dios. El hombre que debía los \$10,000,000 nos representa a cada uno de nosotros. En lo espiritual, tenemos una duda que jamás podremos pagar. Todos somos pecadores (Romanos 3.23), y la paga del pecado es todavía la muerte espiritual (Romanos 6.23). Desafortunadamente, algunos de nosotros también estamos representados por el hombre, cuando imploró ante el rey: “Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo” (v. 26). Hay quienes piensan que en lo espiritual ellos pueden pagarle al Señor por sus pecados, por medio de vivir buenas vidas o por hacer buenas obras. “Sólo dame un tiempito Señor y lo repararé”. Esta palabra declara que eso no se puede hacer jamás —jamás, jamás, jamás— ni en un millón de años. ¡Debemos caer en la cuenta de esto, para poder apreciar lo que Dios ha hecho por nosotros!

No obstante, la lección más importante, de esta parábola, es la necesidad de perdonar a los demás para poder ser perdonados. Si alguna enseñanza clara se encuentra en las páginas del Nuevo Testamento, ella es que, como hemos sido perdonados, deberíamos estar siempre prestos a perdonar a los demás. Esto fue lo que Pablo les escribió a los hermanos de Éfeso y de Colosas:

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo (Efesios 4.31–32).

...soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra uno. De la manera que Cristo nos perdonó, así también hacedlo vosotros (Colosenses 3.13).

## EL PERDÓN ES DISCUTIDO

### Lo que significa el acto de perdonar

¿Cuál será el significado del acto de perdonar? Algunas veces se nos amonesta a “perdonar y

olvidar". No obstante, los que han estudiado la mente humana, nos dicen que es imposible para nosotros poder "perdonar y olvidar" en el sentido *literal* de las palabras. Todo lo que hemos visto, oído, o experimentado es grabado en algún lugar de nuestro cerebro. Esto en sí no es malo. Ni siquiera Dios "perdona y olvida" en el sentido literal de las palabras.<sup>8</sup> De otro modo, no tendríamos el libro de Génesis, con registros de pecados que fueron perdonados antes de que se escribiera el libro. Moisés no podría haber conocido los detalles de pecados cometidos miles de años atrás si no es porque Dios le hubiera dado tales mediante la inspiración. Así que, Dios "recordó" aquellos pecados aunque algunos ya se habían perdonado muchos años atrás. Cuando la Biblia dice que Dios perdona nuestros pecados y no los recuerda ya más (Jeremías 31.34; Hebreos 8.12), ¿qué es lo que significa? De allí en adelante, Dios nos trata *como si* tales pecados nunca hubiesen ocurrido. Esto fue lo que un autor hizo notar:

"Olvidar" en la Biblia, significa "no estar ya más influenciado o afectado por ello". Cuando Dios promete: "y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones" (Hebreos 10.17), él no está sugiriendo que ¡tendrá mala memoria cuando le convenga! Esto es imposible con Dios. Lo que Dios quiere dar a entender es: "Ya no usaré sus pecados en contra de ellos. Sus pecados ya no afectarán su posición en lo que a mí respecta, ni influenciará mi actitud hacia ellos".<sup>9</sup>

El desafío que se nos presenta, es hacer lo mismo.

A través de los años, en mi labor de tratar de ayudar a muchas personas a lidiar con la amargura, muchas han hallado útil el darse cuenta de que en el corazón humano, el perdón ocurre en dos fases:

En un sentido, el perdón puede ser *inmediato*. El texto que estamos estudiando hace énfasis en este aspecto del perdón. Romanos 12.18–21 nos habla de algunas actitudes y acciones implícitas en el perdón a corto plazo:

Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está:

Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.

He aquí algunas de las conclusiones que se pueden sacar de estos versículos que se encuentran en Romanos 12:

1) Cuando perdonamos a otros, lo que hacemos es, tratar de actuar como Dios actúa—tratarlos *como si* ciertos incidentes no hubieran ocurrido. Encontraremos algunas excepciones prácticas e incluso, algunas excepciones bíblicas<sup>10</sup> a este principio—pero en lo mejor que podamos, tratamos de no permitir que el pasado afecte nuestras relaciones. No es que tratemos de evitar a tales personas. No nos rehusamos a hablarles. En nuestras relaciones, determinamos no traer a colación el pasado. "En cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres".

2) Cuando perdonamos a los que nos ofenden, resolvemos no vengarnos. Esto incluye la forma como hablamos acerca de ellos a los demás. Evitamos vengarnos de los que nos ofenden. Dejamos tales cosas en las manos de Dios. "No os venguéis vosotros mismos,... porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor".

3) Cuando perdonamos a otros, "buscamos lo mejor" para aquellos a los que perdonamos; buscamos su bienestar. Esta es una parte esencial del amor *agape*, el cual debe ser extendido a todos los hombres. "Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber".

4) Cuando perdonamos a otros, tratamos de erradicar de nuestro corazón toda amargura y animosidad que haya en contra de ellos. "No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal".

Esta última sugerencia nos lleva a la consideración del perdón *a largo plazo*. Aun si perdonamos en el sentido inmediato, es probable que continuemos lidiando con nuestros sentimientos de mala voluntad hacia aquellos que nos ofendieron. Puede que todavía nos sintamos incómodos en presencia de ellos. El perdón a largo plazo puede ser un proceso prolongado y extendido.

<sup>8</sup> Dios es *omnisciente*; él sabe *todas las cosas*, lo cual incluiría los detalles de pecados que han sido perdonados. <sup>9</sup> Warren W. Wiersbe, *The Bible Expository Commentary (El comentario expositivo de la Biblia)*, vol. 2 (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1989), 89. <sup>10</sup> Aun si usted perdona a un hombre que le roba a usted, el sentido común dicta que usted no lo ponga inmediatamente después a cargo de las finanzas. Si usted perdona a una mujer por abusar de su hijo, usted no la nombra inmediatamente después como niñera. En cuanto a las excepciones bíblicas, un ejemplo será suficiente: Si un cónyuge es infiel y viene ante usted pidiéndole perdón, usted debe perdonarlo o perdonarla. Esto no significa que usted está obligado a vivir con esa persona teniéndola como esposo o esposa—como si nada hubiera sucedido (Mateo 19:3–9). Tales incidentes son excepciones a la regla. Mi experiencia ha sido que en la mayoría de los casos, lo que ha sido ofendido son nuestros sentimientos, en cuyo caso tales excepciones no aplican.

Puede tomar años, tal vez toda una vida.

Hay dos claves para el perdón a largo plazo. La primera es determinar que nunca se va a detener en trabajar en el asunto. Debemos continuar trabajando en tratar al perdonado, como si nada hubiera ocurrido. Debemos continuar trabajando en nuestros sentimientos internos. Puede que sea un cliché, pero el tiempo realmente puede sanar nuestras heridas.

La segunda clave es pasar bastante tiempo en la oración. Necesitamos orar constantemente para que Dios nos ayude. Debemos recordar que “para Dios todo es posible” (Mateo 19.26). Debemos orar constantemente a favor de los que nos ofenden —así como Jesús oró en la cruz: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23.34). Es difícil orar constantemente y a la vez estar resentido con alguien.

Nos daremos cuenta cuando el perdón a largo plazo se está desarrollando en nuestros corazones cuando los incidentes angustiantes dejan de dominar nuestra mente, cuando comienzan a desvanecerse en nuestra memoria. Sabremos que el proceso de perdonar ha sido completado *cuando podamos recordar los incidentes sin dolor*. Puede ser que alcancemos, o que no alcancemos, tal punto en nuestra vida. Si así ocurre, ¡ello es un gran sentimiento! ¡Podemos darle gracias a Dios de que nos ha ayudado a alcanzar una nueva madurez en nuestro andar cristiano!

### **Lo que el perdón hará a favor nuestro**

Cuando nos introducimos al hábito de perdonar, hallaremos que el perdón le hace más bien al que perdona que al que es perdonado. Si no perdonamos, la amargura se acumula en nuestros corazones. Hebreos 12.15 advierte de esta debilidad: “Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”.

Reiterando lo dicho, el perdón nos libera. Si dejamos que la animosidad devore nuestra alma, llenando nuestra mente durante el día, e impidiendo que durmamos durante la noche, entonces

estaremos dejando que el objeto de tal animosidad controle nuestras vidas. El acumular amargura no le hace daño a otros; nos hace daño a nosotros. ¡El perdonar a los que nos han ofendido echa de nosotros el fardo del odio, nos libera de las ataduras del resentimiento, y nos libera para poder seguir viviendo nuestras vidas!<sup>11</sup>

¡No es de extrañar que Jesús nos ordenara perdonar tal como hemos sido perdonados! El perdón nos ayuda en lo espiritual, en lo emocional y en lo físico. Esto fue lo que cierto autor hizo notar:

Dios nos ordenó perdonarnos unos a otros, no simplemente como un estatuto legal o regla para salvaguardar la paz, sino para nuestro propio beneficio. El guardar resentimiento y odio ha demostrado que es dañino para la salud física y emocional. Ello reduce nuestra capacidad para tener y conservar importantes relaciones, para criar nuestros hijos apropiadamente, o para conservar un empleo. Ello destruye tanto la salud como la felicidad, pues la salud y la felicidad no pueden coexistir con el odio y el resentimiento enfermizos. El verdadero perdón, por otro lado, viene acompañado de la promesa eterna de Dios, de tener gran gozo y contentamiento. Es una montaña de paz, gozo y unidad, que fluye libremente.<sup>12</sup>

### **CONCLUSIÓN**

Tratemos de hacer esta lección tan práctica como sea posible. ¿A quién querrá Dios que perdone usted? ¿Le ha ofendido alguien a usted en el pasado? ¿Aún guarda sentimientos de mala voluntad contra esa persona? ¿Lo ha perdonado en su corazón? Si lo ha perdonado, ¿está haciendo todo el esfuerzo de no permitir que las ofensas del pasado le afecten su relación? ¿Continúa trabajando en su actitud? ¿Ora diariamente por la persona que le ofendió?

Si usted halla amargura en lugar de perdón en su corazón, yo oro pidiendo que usted encuentre la manera de perdonar a tal persona. Recuerde las dos lecciones clave de este estudio: 1) Si hemos sido perdonados de un pecado de \$10,000,000, deberíamos, por lo tanto, estar prestos a perdonar a otros de su pecado de \$18. 2) Si no perdonamos, no podemos ser perdonados.

Dios, ¡ayúdanos a aprender a perdonar! ■

<sup>11</sup>Esta es una importante lección que debe ser aprendida por los que han sido abandonados recientemente por un cónyuge. También podría mencionar que este principio es verdadero, aun si la persona está muerta. Muchos que fueron objeto de abuso cuando niños guardan odio hacia las personas —a menudo muertas— que abusaron de ellos. Antes de que éstos puedan tener paz, ellos deben encontrar la forma de perdonar a tales individuos. Una técnica que por lo general resulta es que el que se siente herido escriba cartas a las personas muertas, expresándoles el dolor y la determinación de perdonar.  
<sup>12</sup> Echols, 49.